

Mariano Rodríguez GonzálezUniversidad Complutense de Madrid
marian@filos.ucm.es

Don Juan y San Juan: María Zambrano en 1939

ResumenRecepción: 19 de marzo de 2014
Aceptación: 5 de mayo de 2014*Aurora* n.º 15, 2014
ISSN: 1575-5045, págs. 80-89

En este pequeño escrito se intenta esbozar el itinerario conceptual esencial seguido por el pensamiento de María Zambrano desde 1934 hasta 1939, pero ello solo con el fin de aproximarnos a una comprensión inicial de lo que a mi entender constituiría el núcleo filosófico de la obra *Filosofía y poesía*: el abrupto salto de Platón a San Juan de la Cruz, la reconciliación de filosofía y poesía en la mística.

Abstract

This small paper simply intends to outline the essential conceptual route followed by María Zambrano's thought from 1934 till 1939. And this, so as to approach an initial understanding of what, to my view, would constitute the philosophical core of the book *Philosophy and Poetry*: that amazing jump from Plato to Saint Juan de la Cruz (that is to say, philosophy and poetry becoming reconciled in mysticism).

Palabras clave

Filosofía, poesía, mística, razón poética

Keywords

Philosophy, Poetry, Mysticism, Poetic Reason

1. Expresión esta que daría título al último apartado de la primera sección de *Pensamiento y poesía en la vida española*, el libro paralelo al que nos ocupa, pero también al artículo de 1940 publicado en la *Revista de la Asociación de mujeres graduadas*, n.º 4, San Juan de Puerto Rico, págs. 16, 17 y 47.

Decía Wittgenstein que el filósofo *debe* aspirar a no decir más que aquello que sabe. Algo sin duda imposible, por lo menos en la medida en que somos humanos, con necesidades que pueden llegar a imperiosas, y no solo filósofos. De lo que no se puede hablar, mejor es callarse, quién lo pone en duda. Pero la voz de la esperanza nos desliza en el oído que a lo mejor, si acertáramos a decirlo al poético modo, o sea, en la palabra esencial, podríamos entonces hablar de muchas más cosas de las que es capaz el logos discursivo. La poesía sería, por así decir, la escala para evadirnos de la jaula de cristal del lenguaje *de término medio*. En principio, acudiríamos a María Zambrano atraídos por esa promesa o como mínimo esa expectativa del *conocimiento poético*,¹ contrapuesto al conceptual. Pero en lo que sigue nos vamos a restringir a *Filosofía y poesía*, aparecido en Morelia (México) ese año terrible de 1939, y considerado aquí solo como punto final provisional de la trayectoria iniciada con el escrito «Hacia un saber sobre el alma» en 1934.

1. Hay un momento crucial en el libro, el de la salvación del amante. Según la tradición sufí, Satán habría sido condenado a enamorarse de las cosas que pasan en el río del tiempo; las cosas flotando a la deriva que a todas se las lleva, porque el río del tiempo es el de la muerte. Y por eso ocurre que llora.² Lo mismo hace ese Satán sufí, en esto del lamentarse y del verter lágrimas, que el poeta de Zambrano, por lo menos en buena parte de su libro. Ese poeta originario, el de estas páginas, como por ejemplo el lírico griego Anacreonte, al que se le iría de entre las manos la belleza de sus amores juveniles, y entonces llora, y los celebra componiendo sus versos que presagian la propia muerte.³ Lamento poético servido en una palabra apegada de intento al vaivén de las apariencias, de aquello que no sería *en sentido estricto*. Un lamento que por eso mismo habría sido expulsado de la ciudad por la justicia platónica, que es la justicia del logos, con la navaja de la idea. Porque el enamorado de las cosas que transcurren, el poeta-diablo, resultará al final aplastado por la dialéctica, y condenado a llevar la vida del nómada que sobrevive a duras penas en los márgenes de la normalidad.

Pero ya se sabe que en Platón hubo siempre el poeta que compuso tragedias, y así la ascensión erótica que nos describen diálogos como *Banquete* o *Fedro* constituye la salvación del enamorado pero también la de las cosas amadas; y es que él mismo salvaría, como poeta, eternizándolas, todas las cosas que transcurren en el tiempo, tan bellas, tan amadas. El amor platónico conseguirá justificar las apariencias, pero esta vez sin descartarlas según el dialéctico modo. Este logos oscuro:⁴ estas razones de amor que nos harían subir hasta la belleza propiamente dicha, pero belleza como única idea que se ve con los ojos de la carne; ese «poder que graciosamente desciende sobre lo visible»,⁵ es capaz de conservar, pasmosamente, el detalle de las cosas bellas mundanas, convirtiéndolo así en detalle eterno. Tal sería la obra salvadora del Platón teólogo y místico, frente al Platón filósofo. Y en este punto Zambrano nos da a pensar que, en definitiva, toda poesía sería esencialmente mística.⁶ Pero se nos da a pensar semejante cosa, sobre todo, mediante el abrupto salto que conecta, pero también separa, al Platón de la belleza y el amor con, y de, San Juan de la Cruz.⁷ A mi modo de ver, el pasaje decisivo de *Filosofía y poesía* es el siguiente:

«Así San Juan de la Cruz, con esta estrofa, con esta sola estrofa, la más platónica, la más poética también, de toda la poesía humana:

¡Oh cristalina fuente
si en esos tus semblantes plateados
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

En tan breves palabras está todo Platón y toda la poesía».⁸

2. El Satán sufí aparece en la cita que hace Massignon en *Los métodos de realización artística en el Islam* (Madrid, Revista de Occidente, 1934), y que Zambrano colocó al inicio de la primera edición de *Filosofía y poesía*, siendo suprimida en las ediciones posteriores

3. Cfr. *Filosofía y poesía (FyP)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987 (2.ª ed. corregida), pág. 34, entre otras.

4. Por aludir aquí a la obra de Moreno Sanz, J., *El logos oscuro. Tragedia, mística y filosofía en María Zambrano*, Madrid, Verbum, 2008, 4 vols.

5. Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, II, «Sobre los sublimes».

6. *Filosofía y poesía*, op. cit., pág. 75.

7. Jesús Moreno informa en la «Cronología», incluida en su edición de *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la Guerra Civil*, Madrid, Trotta, 1998, pág. 54, de que el 16 de junio de 1939, en Morelia, Zambrano había terminado de escribir el trascendental trabajo «San Juan de la Cruz. De la "noche oscura" a la más clara mística», que se publicará en diciembre en *Sur*, de Buenos Aires. Entre otras muchísimas cosas, en este artículo se subrayará que la finalidad del místico castellano es en esencia la misma que la de Spinoza: «convertir el alma en cristal de roca; como él invulnerable, como él transparente», *Los intelectuales en el drama de España*, op. cit., pág. 273.

8. *Filosofía y poesía*, op. cit., pág. 70

9. Cfr. Zambrano, M., *Obras completas*, vol. VI, op. cit., edición dirigida y coordinada por Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2014, pág. 593, donde la autora, al final de una anotación de abril-mayo de 1980 en que habría pretendido fijar «Algunas estaciones del itinerario de la razón poética» (M-495), escribe esta expresión, recogiendo de José Luis Abellán en su libro de 1966 *Filosofía española en América*.

10. Cfr. «Hacia un saber sobre el alma», en libro de idéntico título, Madrid, Alianza, 2012 (1987), pág. 24.

11. Cfr. op. cit., págs. 29 y 30. Es muy conocida la brusca reacción de rechazo de Ortega cuando Zambrano le hace entrega de «Hacia un saber sobre el alma», y María baja llora que te llora por la Gran Vía, pensando que la gente que se cruza con ella no sabe que «Don José ha muerto» (cfr. *Obras completas*, vol. VI, op. cit., pág. 740).

12. Sobre esta cuestión sigue siendo iluminador el libro de Greenspan, P., *Emotions and Reason. An Inquiry into Emotional Justification*, Nueva York / Londres, Routledge, 1988.

13. Cfr. *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la Guerra Civil*, Presentación de Jesús Moreno Sanz, Madrid, Trotta, 1998, págs. 93-94.

Pues bien, me parece que en esto hay *demasiadas* cosas que, así de pronto, no se entenderían. Y nos enfrentamos entonces a la disyuntiva de siempre: tal vez es que yo no soy capaz de entenderlas, o tal vez es que no son «cosas de entender», como decían al incrédulo burlón unas amables monjitas refiriéndose a ciertos misterios inaccesibles. Al menos no se entenderían bien estas cosas de manera discursiva, conceptualmente. Quizá haya de haber tenido unas determinadas *intuiciones, visiones, iluminaciones* para poder entenderlas. ¿Por qué estaría en estos versos del místico castellano todo Platón y toda la poesía? ¿Cómo tendríamos que entender que en estos versos de San Juan de la Cruz se halle contenido el secreto mismo de lo que andando el tiempo iba a ser la zambraniana *razón poética*? Es decir, el secreto motor de «la razón poética en marcha».⁹

2. En 1934, cinco años antes del momento perfecto en Morelia en que aparece *Filosofía y poesía*, Zambrano se había referido ya, en «Hacia un saber sobre el alma»,¹⁰ a las pascalianas *razones del corazón*. Lo había hecho en su inicial pero ya contundente impugnación global de la cultura racionalista occidental, sencillamente porque ese racionalismo europeo, al final, no habría dejado nada del «alma», y sus *entrañas*, que pudiera ser comprendido, atendido, de algún modo justificado, por el método científico de la Psicología. Se entra ese año a discutir también la dualidad característica del hombre romántico, quien si por un lado domina la naturaleza con su razón científica, por otro haría de la naturaleza indomeñable un reflejo de su propia alma, y esto último precisamente por virtud de la poesía. Lo que queremos subrayar ahora es que la polémica zambraniana discurrirá en cualquier caso en la forma de una crítica del racionalismo que inmediatamente se asomaría a las más importantes alternativas de su presente, que por supuesto las hay. La suya de partida es por descontado la razón vital orteguiana, que a la filósofa le traería la esperanza de un marco filosófico radical donde por fin poder replantear el abandonado y tan necesitado saber sobre el alma.¹¹

Pero está claro, por otro lado, que las célebres razones del corazón no serían solo *ordo amoris* o razones de amor. También hay razones para el odio. Porque el odio puede estar, igual que el amor, justificado o injustificado. En términos de racionalidad emocional, se puede hablar sin ninguna duda de odio racional, visto tanto desde la situación antecedente como desde el objetivo futuro que se aspira a conseguir.¹² Y si pensamos lo contrario, de hecho algunos lo piensan, vayámonos de vuelta a 1937, con la aviación fascista bombardeando la ciudad de Madrid. Zambrano reflexionará entonces sobre el tipo de ser humano que es el hombre fascista.¹³ Aplicado su rencor a la inversión sistemática de la estructura de lo real, es decir, en la falsificación sistemática, el hombre fascista sería el resentido esencial, lleno de odio a la vida. Por poner nosotros un ejemplo de esta inversión característica, *Franco iba a fusilar por rebelión a los mandos militares que no se rebelaron con él*. Y la filósofa concluye entonces que *la inteligencia tenía que ser también combatiente*. Lo mismo que

en Grecia, donde la razón «nació armada, combatiente», Palas Atenea vestida con casco, portando lanza y escudo.¹⁴ Con la Guerra de España estaríamos asistiendo al fracaso definitivo de la tradición greco-cristiana, nos dice Zambrano, pero también de la cultura moderna liberal-romántica que es su heredera.¹⁵ Ahora es cuando la nueva razón, armada, tiene que demostrar a las personas que la inteligencia es de verdad efectiva, y transformadora de la realidad, esa realidad que el fascista no puede ver por la simple razón de que no soportaría su visión.

Lo que ocurre, entonces, es que las razones del corazón se habrían encarnado a más no poder en la tragedia de España, como si se les hubiera dado un nombre, el de una tierra. Por eso a María Zambrano hubo un momento en que le «exasperó» de veras el «silencio aterrador» de los intelectuales que callaron en la contienda, sobre todo el de su maestro, naturalmente.¹⁶ Porque ella no podía entender ese silencio por mucho que lo intentara, no lo podía «concebir humanamente». Era una prudencia en cierto modo comprensible en alguien tan reflexivo como un filósofo, dirá poco después,¹⁷ y además, sin duda, una prudencia «perfectamente lícita». Esa filosófica objetividad de quien «jamás se dejó arrastrar por el amor», incapacitado como está para ello al «no poder traspasar los límites de su propia moral».¹⁸ Así que ahora comprobamos que el odio se hallaría justificado por unas razones que a su vez se basan en un amor inicial. Por eso esa prudencia del filósofo se le aparecía a ella, en frase esencial, «como una falta de misericordia».¹⁹ No jugaron para nada en esta actitud «neutral» (de Ortega, de Azorín), precisamente, las razones del corazón. Ortega conservó, callando entonces por completo, su lucidez de filósofo. Mientras que Zambrano había renunciado a la misma, arrasada en cambio por otra clase de lucidez, la que nacería de la «exasperación del amor» a aquello que vemos nos van a destruir.

Pero algo muy decisivo se verá que habría ido cambiando en nuestra filósofa cuando, tan solo un mes después, y ahora con ocasión de la salida de imprenta de *Ensimismamiento y alteración*, aprovecha para proclamar su respeto por el «acallamiento» de Ortega²⁰ durante los años de la contienda, y ya en los que la precedieron. Sin duda también porque Zambrano habría descubierto para entonces que su silencio, el de Ortega, procedía *también* del hondo compromiso con la realidad española del meditador callejero que era el pensador madrileño. O sea, aquel silencio, desesperante para quien necesitaba de su reflexión, procedía asimismo de la necesidad de su pensamiento. No en vano venía el filósofo, desde hace tantos años, introduciendo razón en la locura, medida en el delirio de la vida española. La filosofía de Ortega había proporcionado al español la «razón de amor» de la que estaba tan hondamente necesitado. Y he aquí que, esta vez con ocasión del recuerdo del maestro, Zambrano va transitando de unas razones del corazón a otras, de las razones del odio, justificado porque había nacido del amor inicial amenazado, a las

14. Op. cit., pág. 109.

15. *Ibidem*.

16. Cfr. «Los intelectuales en el drama español. Los que han callado. Ortega y Azorín» (1940), en *Obras completas*, vol. VI, op. cit., págs. 259-265.

17. En «Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio» (1940), en *Obras completas*, vol. VI, op. cit., págs. 265-271.

18. «Los intelectuales en el drama español. Los que han callado. Ortega y Azorín» (1940), en *Obras completas*, vol. VI, op. cit., pág. 260.

19. Op. cit., pág. 261.

20. «Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio», op. cit.

21. Por usar la expresión de Jesús Moreno Sanz, titulado la presentación de su edición de *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*, Madrid, Trotta, 1998, pág. 9.

22. Incluido en op. cit., pág. 177. Como ella misma recordará más adelante, por ejemplo en la ya citada anotación fechada en abril-mayo de 1980, en ese texto sobre la obra de Machado aparecería, al parecer por primera vez, la expresión «razón poética», pág. 591.

23. Como se puede leer en el artículo «El problema de la filosofía española», de 1948, habría que distinguir dos tipos de unidad: la que se busca por afán de poderío y aquella perseguida por el amor que la unidad inspira. Incluido en *Escritos sobre Ortega*, edición, Introducción y notas de Ricardo Tejada, Madrid, Trotta, 2011, págs. 81-86 (pág. 85).

24. «La Guerra de Antonio Machado», en *Los intelectuales...* op. cit., pág. 177.

25. *Ibidem*.

26. En *Pensamiento y poesía en la vida española*, edición de Mercedes Gómez Blesa. Madrid, Biblioteca Nueva, 2004. Sin embargo encontraremos también duras críticas a ese realismo español, por ejemplo, diez años después en el artículo «Ortega y Gasset, filósofo español», aparecido en 1949: «El realismo español es furia desesperada, vengativa, de una pérdida fe». Cfr. *Escritos sobre Ortega*, op.cit., págs. 87-107 (pág. 95).

razones del amor («de la razón armada a la razón misericordiosa»).²¹ Cuando los vencidos cruzaban la frontera «aquella mañana lívida», Zambrano sintió más que nunca, a la vista de aquellos viejos, aquellas mujeres con niños, aquellos hombres con corderos y vacas, la urgente necesidad de recoger y clarificar en *razones de amor* todo el dolor de un pueblo.

3. El tránsito personal de la razón polémica a la razón misericordiosa se consume y se asienta definitivamente en el momento perfecto de Morelia en que aparece *Filosofía y poesía*. Pero es cierto que se iría preparando durante la Guerra Civil misma, por ejemplo cuando Zambrano escribe en 1937 a propósito del libro sobre la contienda de Antonio Machado,²² otra de sus figuras paternas más importantes. Escribiendo de poetas españoles que han filosofado sobre su obra poética, como Machado, como San Juan de la Cruz, pero sin olvidar tampoco la filosofía de los versos de Jorge Manrique, es como la cultura hispana termina por entrar en tromba, se puede decir así, en la consideración zambranianiana de la razón poética como alternativa necesaria y urgente a la palmaria catástrofe occidental del racionalismo de la razón discursiva, esto es, de ese malhadado Idealismo que habría sido a su parecer la matriz de todos los fascismos.

Machado, como San Juan, «empapa sus versos de razón» al hacerse cargo racional de su poesía, porque tienen y tenemos necesidad de ello. Los pensamientos del poeta son de forma inmediata *razones de amor*, porque reintegran a la unidad, por la poesía, los fragmentos del mundo estallado.²³ Los pensamientos del poeta testimonian así un amor *infinito* a la realidad, porque a la realidad le reintegran por la poesía toda la íntima sustancia que la abstracción propia de las ideas le habría arrebatado.²⁴ En estas páginas de Machado sobre *La guerra* se establece de una manera ya bastante cristalina la contraposición entre razón conceptual o científica, conocer idealista que descalifica y desobjetiviza la realidad, vaciándola con ello de toda su sustancia, y la que en el futuro será la alternativa propiamente zambranianiana, la de un procedimiento que, como decía ya Machado, genera intuiciones que no llegan a cuajar en conceptos fantasmales, y que gracias a ello atiende a rellenar los vacíos de realidad que habrían sido consecuencias del proceder demoledor de la razón discursiva. A continuación de una cita del poeta, Zambrano anota lo siguiente: «Razón poética, de honda raíz de amor».²⁵ Y esa cita anterior trasladaba al texto de Zambrano estas palabras de Machado: «Poesía y razón se completan y requieren la una a la otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluente, movediza, la radical heterogeneidad del ser». Frente al Idealismo que compendia y en que desemboca la filosofía europea, frente a toda la cultura de Occidente que en ese momento histórico se hallaría triturada por la más radical de las crisis, se reivindicará el realismo de la cultura española,²⁶ por tanto tan marginal, tan excepcional, tan a contracorriente. Pero lo que hay que entender es que se trataría de un realismo *poético*, un realismo que podríamos llamar a lo

mejor nietzscheano más que estoico —aunque Zambrano vaya a hacer tanto hincapié en el estoicismo como filosofía natural del español, si es que alguna filosofía pudiera ser algo «natural» en un pueblo—. Porque es el caso que no solo hay que reconocer lo real, sino que sobre todo se trata de aprobarlo. Es decir, hay que amarlo, o incluso, zambranianamente, hay que amarlo *infinitamente*. Y este amor a lo real es lo único que puede introducir un orden en lo real pero respetando a la vez su textura, sin vaciarlo de su sustancia íntima. Así que el amor a lo real es la definición misma de la poesía, como creación de lo real que consiste en llevar hasta el final sus posibilidades.²⁷ Creación que, al respetarla, alumbra la realidad en lugar de borrarla, avasallarla, sacrificarla, a la Idea.

Amor infinito a lo real, por amargo que lo real sea, esa es asimismo la actitud nietzscheana, actitud que se vuelve capaz de transformar lo real, despojándolo de su amargura al aprobarlo.²⁸

Aquella mañana lívida en que se dispone a cruzar La Jonquera, llegará a pensar Zambrano en la mirada de su maestro Ortega aportándole las razones de amor que en ese momento les son a todos los derrotados más necesarias que nunca.²⁹ Es la mirada del padre (también se acuerda ese día del suyo, del biológico). Ese logos caritativo del río Manzanares se llega a identificar, frente a la barbarie de una guerra que en realidad sería una invasión extranjera,³⁰ con la misma sustancia del pensamiento español y su tradición no falsificada, no invertida. Séneca, por ejemplo, con su consigna estoica que nos anima a prescindir del miedo, y por tanto también de la esperanza. El senequismo habría penetrado nuestra cultura popular porque representa la sagacidad psicológica de una «razón maternal» que cuida de nuestros desequilibrios anímicos con la sabiduría de la reflexión, sabiduría que viene de tan lejos. La razón maternal es materia, madre, es «divinamente materialista»,³¹ y como tal incapaz de despegarse de lo concreto, del cuerpo y sus padecimientos y sus alegrías, que por supuesto también las tiene. La «razón hecha madre» es en Séneca resignación, por lo menos hasta cierto punto, pero una resignación en la que vendría a encarnarse una radical actitud de resistencia. Es decir, resistencia frente a la violencia, violencia representada por la filosofía clásica como violencia del concepto, intromisión en nuestra intimidad de la imperial razón discursiva. De este modo reparte Zambrano el nuevo campo que está descubriendo y dando a luz. Del lado que a ella le interesa se halla la poesía, y por virtud de la poesía las razones de amor, la mirada de los padres, la razón hecha madre, el pensamiento español, la resistencia a la invasión...

4. El amor instauraría un orden muy particular, y es inevitable volver a recordar en este punto el *ordo amoris* famoso de Scheler. La razón que el amor es capaz de introducir en la más infernal de las sinrazones, incluso en «la sinrazón de España», sería desde luego el saber de lo que más nos importa. Ese saber con el que Galdós escribe

27. Es muy importante e interesante el desarrollo que Zambrano operará a partir de la distinción orteguiana entre lo que es y lo que hay. Véase sobre todo *El hombre y lo divino*, en Zambrano, M., *Obras completas*, vol. III, edición dirigida por Jesús Moreno Sanz, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, 2011.

28. Como escribió el filósofo alemán, «nada conseguirá que dé un falso testimonio contra la vida *tal y como yo la entiendo*».

29. Véase «Confesiones de una desterrada. Una voz que sale del silencio», op. cit., pág. 271.

30. Véase «Carta al doctor Marañón», incluida en la redacción originaria de *Los intelectuales en el drama de España*, op. cit., págs. 115-122.

31. «Un camino español: Séneca o la resignación», en *Escritos y notas durante la Guerra Civil*, añadido como tercera parte a la ed. cit. de *Los intelectuales en el drama de España*, págs. 190-199 (pág. 190).

32. Trabajo recogido en los *Escritos y notas durante la Guerra Civil*, añadidos en la ed. cit. de *Los intelectuales en el drama de España*, págs. 228-249.

33. Cfr. Barrios, M., *La voluntad de poder como amor*, Prólogo de Eugenio Trías, Madrid, Arena Libros, 2006.

34. *Misericordia*, en *Escritos y notas durante la Guerra Civil*, ed. cit., pág. 234.

35. Precisamente en este hecho se fundaría el amor intelectual del filósofo francés Clément Rosset a la cultura española.

sus novelas. Y sobre todo, el orden del amor es el que Benigna de Casia imparte como quien no quiere la cosa en *Misericordia*.³² La razón misericordiosa, dice Zambrano, es un género de saber o de razón esencialmente antipolémico. Una razón que no discute con nadie, que no rebate a nadie, sino que va a limitarse a superar al supuesto adversario por la creación. El realismo de las novelas de Galdós es el característico de la razón poética, ella misma realista justamente al crear, y porque crea. Y es que, como vimos, a la realidad solo se le puede hacer justicia aprobándola, pero jamás pretendiendo avasallarla, porque además eso sería pretender lo imposible. El amor de Nina organiza todo lo que la rodea de manera que, con esta organización suya, todo lo que la rodea llega a ser lo que realmente es. (Por cierto que se puede decir que Nietzsche veía en esta potencia de amor el grado más elevado de la *voluntad de poder*, una expresión que por supuesto no era en absoluto del gusto de Zambrano.)³³ La de verdad poderosa, la que superaría a todos y a todo, es Nina. «*Misericordia* es la razón de la sinrazón de España, el orden en el disparate y la locura, y en este sentido —razón de la sinrazón, hecha patente— está más allá del libro genial y profético de nuestro pueblo, en la misma línea y más allá del mismo don Quijote.»³⁴

Así llegamos a las dos conferencias pronunciadas en la Casa de España de Ciudad de México en 1939, publicadas en forma de libro inmediatamente después. *Pensamiento y poesía en la vida española*, el libro paralelo a *Filosofía y poesía*, va a localizar las señas de identidad de la cultura española precisamente en ese materialismo de la razón maternal, y en su radical actitud realista ante la vida que la haría incompatible con la esencia idealista del pensamiento occidental dominante. Una cultura, la española, de la que precisamente por ello podremos extraer indicaciones valiosísimas para la salida de la crisis europea generalizada. Pero por eso mismo, por su realismo radical, la cultura española es una cultura melancólica. Porque el amor a la realidad es naturalmente un amor a las cosas que devora el tiempo, instalados como estamos, frágiles, en el flujo heraclíteo. El pensamiento español ha sabido siempre que la vida humana es trágica, y ha empleado la ironía e incluso el sarcasmo con aquellos que pretenden disimular o desmentir con meras ilusiones este fondo trágico de la existencia humana.³⁵ Solo hay que recordar que la iconografía de todos los tiempos representaba a Heráclito llorando, para con ese recuerdo entender el pensamiento de Jorge Manrique en el siglo XIV, y con él la médula de nuestra cultura tradicional.

Claro está que, para reconocer la índole trágica de la vida humana, es menester amar lo real. Si no partimos de la posición del amor no habrá tragedia alguna, porque entonces da igual que se pierda lo que haya de perderse, incluidos por supuesto nosotros mismos. Por eso en la obra de Zambrano del año 39 van a comparecer dos enamorados que intentan hallar la solución, cada uno a su muy diferente manera, a la tragedia de la vida. Don Juan³⁶ y San Juan, dos enamorados de sentido inverso, de orientación contraria. El amor humano y el amor

divino. La situación trágica común a todos los enamorados, por supuesto, es que el objeto de amor se está desvaneciendo por momentos, muere, o si no, de momento envejece, es decir, pierde su identidad, su consistencia, o, incluso, carece de identidad como tal. Don Juan, como nos recordaba Nietzsche, encuentra la solución, deseando no exactamente a muchas mujeres, sino amando más la caza que la pieza cobrada.³⁷ Está Don Juan enamorado del amor más que del objeto amado, no estoy seguro de si se podría decir así a tenor del aforismo nietzscheano. Pero lo que nos dirá Zambrano, simplemente, es que caracteriza esencialmente a Don Juan su abalanzarse sobre el momento presente, su avidez de exprimirlo a fondo, porque todos sabemos que mañana será otro día, en caso de que llegue a amanecer. En ese caso, no cabe duda de que el donjuanismo sería una sabiduría popular muy común en nuestro país, junto a la que sigue siendo propia del pícaro (cosas como esas de aprovechar el momento presente las venimos oyendo desde que éramos niños).

Mientras que San Juan sería naturalmente un asunto mucho más difícil de entender, si es que al final pudiera entenderse. El asunto de la mística, nada menos, que tanto iba a ocupar a Zambrano casi toda su vida. Habría tipos diferentes de místicos, están para empezar los del Norte y los del Sur; pero también, por ejemplo, tenemos el caso de Miguel de Molinos como místico nihilista, o nadista, que lo que busca, definitivamente, es desaparecer en la noche de la nada.³⁸ A ese místico nihilista, por supuesto que lo podemos entender más o menos los que no somos místicos, puesto que está claro que hay muchas cosas peores que la muerte. Pero Zambrano insiste en que San Juan de la Cruz es lo contrario de un místico nihilista, sería un místico de la creación que devora su propia alma por amor de Dios, el objeto que por definición nunca se agota. Parece que, si la salida de la tragedia es la mística, como sostiene Jesús Moreno, se trata de la mística de la creación más que de la mística de la nada, por lo menos para Zambrano. Tenemos que en San Juan de la Cruz el amor destruiría todo lo que no es amor, con lo cual se van machacando una a una todas las potencias del alma.³⁹

«Ganar la vida en su dispersión ganando cada uno de sus instantes, tal Don Juan Tenorio y tal el pícaro también, o en dejar pasar los momentos en su diversidad en espera de recogerlos todos cuando ya no pasen, cuando ya no se nos vayan de entre las manos como el agua entre un cesto de juncos; tal el místico.»⁴⁰

«El ansia amorosa que pide eternidad»⁴¹ es una frase con resonancias nietzscheanas, aunque Nietzsche en lugar de «amor» dice «placer».⁴² Y el místico de la creación que sería San Juan de la Cruz (y los místicos castellanos, a diferencia de los alemanes, serían realistas y carnales) quiere «profunda, profunda eternidad». Queda por ver cómo la consigue el místico, cómo logra, si es que lo logra, salir de la tragedia de la muerte. «Resurrección de lo temporal más allá del tiempo; transposición del mundo temporal allí donde no sea posible

36. Pero la condición enamorada de la figura de San Juan la desmentirá Zambrano, por ejemplo en 1949 en su estudio sobre «Ortega y Gasset, filósofo español», al presentárnoslo como un «ensimismado que no logra ver ni amar a mujer alguna», op. cit., pág. 94.

37. Cfr. Nietzsche, *Aurora*, § 327 sobre el Don Juan del Conocimiento.

38. «El hombre prefiere querer la nada a no querer», escribió Nietzsche al final de su *Genealogía de la moral*.

39. Véase «San Juan de la Cruz (De la “noche oscura” a la más clara mística)», en *Escritos y notas durante la Guerra Civil*, añadido a *Los intelectuales...*, op. cit., págs. 263-275.

40. *Pensamiento y poesía en la vida española*, edición de Mercedes Gómez Blesa, Madrid, Biblioteca Nueva, pág. 148.

41. *Op. cit.*, pág. 149.

42. Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra*, III, «La otra canción del baile».

43. *Pensamiento y poesía en la vida española*, op. cit., pág. 149.

44. *Ibidem*.

la melancolía, porque ya nada pasa, sino que todo está en íntegra presencia corpórea, mas sin posible corrupción.»⁴³ Cuerpo místico de Cristo: la misma Zambrano añade a continuación que esto es querer lo imposible: «Como se ve, ya al primer paso que damos dentro de la problemática española tropezamos con el anhelo ilimitado, con el imposible como meta, como solución. Y esto sí es lo propio de la vida española y del hombre que la vive: lo imposible como único posible horizonte».⁴⁴

5. *Filosofía y poesía*, desde el punto de vista tal vez más interesante, vendría a ser la historia de la conversión de Don Juan en San Juan. Las apariencias se salvan de la muerte por el amor, que corre o mejor asciende a la unidad, paralelo al conocimiento filosófico.

El poeta, tal y como lo entiende Zambrano en el primero de los dos libros de 1939, estaría situado entre Don Juan y San Juan, en el sentido de querer, nada menos, lo que quieren ambos; o sea, queriendo las dos cosas: apresar el instante fugitivo para gozarlo, pero también para salvarlo en la eternidad; extraña e inquietante *zona intermedia* esta entre la vida y la muerte. Pero, según la filósofa, más real que nuestra realidad empírica, porque en ella las cosas no pasan *aunque* permanecen encarnadas.

Sería una situación imposible la del poeta, *a no ser* que su figura cumpla una evolución que lo vaya a transformar de enamorado humano en enamorado divino. Es la misma ascensión platónica que iría del amor a los cuerpos y a las almas bellas, pero singulares, a la belleza en sí misma, universal y eterna. Pero una ascensión que lograría conservar, a diferencia de la dialéctica platónica violentadora, el amor singular y pasajero en el amor eterno e infinito.

De un modo que al final va a quererse platónico-cristiano, se conseguiría salvar el enamorado de la tragedia que sin ninguna duda es toda existencia enamorada. Solo así, además, como «oficio de amor divino», adquiriría la poesía la plenitud de su esencia, es decir, la reintegración a las cosas de su intimidad expoliada, iluminando así con una luz en penumbra el padecer de nuestras entrañas. «Ya no guardo ganado / ni ya tengo otro oficio / que ya solo en amar es mi ejercicio.» Y de esta sola forma, el tipo de conocimiento que sería constitutivo de la auténtica cultura española, o sea, el conocimiento poético (o la razón hecha madre, ya desde el senequismo), va a postularse como la única salida a la catástrofe de Europa cuyo prólogo o primer acto sangriento se habría puesto en escena en nuestra Guerra Civil.

Desde el punto de vista más filosófico, el problema que aquí se ventila, el problema de todos los problemas (la Guerra española, la catástrofe de Occidente; el pensamiento en Europa y en España...), sería el del Ser o la Unidad, el problema del Uno. A fin de cuentas, el problema del Nihilismo. El filósofo se habría venido salvando del

tiempo en la unidad violenta y solitaria del concepto. El poeta en cambio se entrega, se abandona, pero este su amor a lo temporal también aspiraría a la unificación, es decir, a la salvación de las cosas amadas. Una salvación de las cosas que tendría la gran ventaja de no exigir, como la del filósofo, el sacrificio de sus diferencias. Pero ocurre que la unidad absoluta que sí es capaz de conseguir también el amor, en la Zambrano de los años de la Guerra tendría su exponente y modelo en la mística de la creación de San Juan de la Cruz.

La aclaración del giro decisivo, de Don Juan a San Juan, la explicación de esta transformación, la más radical, del enamoramiento y su sentido, es la que de muchas maneras va a buscar entregarnos María Zambrano en lo sucesivo, con posterioridad a *Filosofía y poesía*. Libro en el que leemos que todavía se ve a distancia la posibilidad de un reencuentro del poeta y el filósofo, lejana aún la propia razón poética. Meditación sobre el amor, o sea, sobre la reabsorción de los amores pasajeros en el único amor al Uno Eterno (Spinoza: *amor intellectualis dei*).

Desde el punto de vista personal (la tragedia de la Guerra española), se conseguirá dar el paso crucial de las razones del odio (el rencor justificado por la destrucción de lo que se ama) a las solas razones del amor, únicamente en el momento en que todas las cosas amadas y destruidas fácticamente se salvan de la destrucción esencial e irreparable por la poesía, al estilo del amor divino del poeta místico San Juan de la Cruz. Don Juan había acabado siendo vencido, por la muerte, y de la desesperación consiguiente le va a librar a Zambrano, precisamente, su conversión en San Juan.